## CRONICAS:

## EUROPA Y EL BIEN COMUN

En la bella ciudad surtirolesa o altoatesina de Bozen/Bolzano, el Institut International d'Etudes Européennes «Antonio Rosmini», de existencia más que cuadragésima, ha celebrado los días 12, 13 y 14 de octubre pasado su trigésimo cuarto Congreso Internacional, sobre el tema «Europa y bien común, más allá de la modernidad y la posmodernidad». La finalidad de la reunión promovida por la prestigiosa institución no ha sido otra - según la breve presentación que acompañaba la convocatoria y en la que no es difícil adivinar la fina pluma del profesor Danilo Castellano, su director científico— que contrastar en la experiencia jurídicopolítica de diferentes países cómo, si la modernidad instauró la contraposición entre «lo público» y «lo privado», portando a la identificación del «bien común» con el «bien público», la postmodernidad, en cambio, ha venido a asignar al «bien privado» —al elevarlo a «bien común»— un primado sobre el «público». En ambos casos --es la conclusión-- se esfuma la verdadera realidad de lo político y se arriba a la inevitable dacadencia del Estado y, más aún, de la propia comunidad política.

Me parece divisar, pues, que esta temática del último Convegno del Instituto Rosmini no resulta sino de la extensión de la que, concentrada exclusivamente en Italia, articula el reciente libro La decadenza della Repubblica e l'assenza del politico (Bolonia, 1995), coordinado por el propio Castellano con la colaboración de los profesores Luigi Bagolini, Francesco Gentile, Giancarlo Giurovich, Michele Gasslini, Giuseppe Goisis y Ernesto Molinati.

Las sesiones se abrieron con la palabras del presidente del Instituto, el profesor Wolfgang Waldstein, antiguo rector de la Universidad de Salzburgo, a las que siguieron intervenciones del alcalde de la ciudad y representantes de la provincia autónoma de Bolzano, la región autónoma Trentino-Alto Adigio y la diócesis.

Inmediatamente, el profesor Sergio Cotta, ordinario de Filosofía del Derecho de la Universidad de Roma y presidente de la

Verbo, núm. 339-340 (1995), 1103-1107

Unión Internacional de Juristas Católicos, desartolló la primera ponencia: «Quale postmoderno e quale bene comune?». La postmodernidad, que tiene como punto de partida una legítima insatisfacción ante los puertos a que conducen las singladuras de la modernidad, podría ser llamada con más propiedad, a su juicio, neomodernidad, pues no alcanza a abandonarla y superarla. Sin embargo, a la hora de desbrozar el núcleo teórico de esa modernidad y de su prórtoga en la neomodernidad, así como a la bora de separar lo que en la última hay de decadencia y de resistencia respecto de la primera, la nitidez del planteamiento vino a quedar empañada por el prurito, verdaderamente obsesivo, de no caer en lo «antimoderno». Luego, en el resto de la sesión, pero sobre todo en la siguiente, que presidió en parte, sus apostillas -moviéndose en la vindicación del liberalismo (en sentido ideológico)— no pudieron ser más desafortunadas ni su actitud en verdad menos dialogante v liberal (en sentido de apertura y generosidad).

La segunda ponencia correspondió a Joseph Schmucker von Koch, profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Ratisbona, que trató del «utilitarismo como falsa síntesis entre el bien común y el bien privado», abordando una serie de «preguntas sobre las nuevas orientaciones de Europa al final de la modernidad». Su intervención, construida como réplica a Peter Singer, describió el utilitarismo como la actitud espiritual que entrega nuestra vida a un cálculo de coste y beneficio sobre la felicidad. Actitud que viene a constituir una grave amenaza, pues su pretensión de sintetizar el bien común y el individual acaba por suprimir ambos en un proceso que cae en el irracionalismo que dice combatir, para conducir finalmente hacia el nihilismo. La conclusión, sin embargo, resultó chocante por el alegato en pro de la tolerancia que contenía y que, sin mayores precisiones, permitía precisamente una lectura relativista e irenista contradictoria con la firmeza del desarrollo, como alguna de las intervenciones posteriores pusieron de manifiesto.

La sesión del viernes comenzó con la ponencia del profesor portugués Mário Emilio Forte Bigotte Chorão, dedicada a encarecer la importancia del bien común en el seno de la filosofía política europea. El distinguido profesor de Lisboa utilizó el tono mesurado y agudo que siempre le acompañan para destacar cómo la cuestión del bien común es una «cuestión-clave», de la que cuelgan muchos desarrollos, si bien, a juicio de quien redacta esta nota, no dejó de entreverar un tanto incoherentemente la explicación clásica del bien común con otras versiones (Maritain, Possen-

ti) que fincan en otros presupuestos y concluyen también en otros terrenos. El profesor de «La Sapienza». Francesco Mercadante, centró su intervención, como suya aguda, pasional, inconformista y alegórica, en la posición rosminiana, apuntando su importancia para la elucidación del problema político de la Europa contemporánea. La distinción entre el bien público y el bien común y la comprensión de éste como amasado por amor, lágrimas y sangre, abre la visión de cómo, en este desafío epocal del fin del comunismo en que nos hallamos, la razón armada del bien público habría caído ante la razón desarmada del bien común. El riesgo, me parece, no está sino en la disolución de éste en un puro agregado de bienes privados, no en el sentido de individuales, sino en el de clausurados en el individuo, esto es, no comunicables. No en vano la doctrina clásica siempre destacó el carácter esencialmente comunicable del bien común, así como que en éste se integra por derecho propio una cierta cantidad de bienes individuales.

Nuestro querido amigo Andrés Gambra, profesor de Historia del Derecho del Centro Universitario «Francisco de Vitoria» (Madrid), colaborador brillante de estas páginas, completó las ponencias de la mañana con unas «reflexiones sobre la experiencia española» respecto de la «actual disolución de la comunidad política». De su intervención emergió límpidamente la conclusión de que no se trata de una simple crisis de crecimiento o de ajuste, que pueda remediarse con coyunturales reformas estructurales, de ingeniería constitucional, sino que su origen radica en una auténtica disolución de la comunidad política, que sólo puede combatirse con un hondo replanteamiento de lo que es la política como radical convivencia de los hombres.

A la tarde, el profesor Giulio María Chiodi, de la Universidad de Nápoles, centró su intervención en «Europa como civilización pluralista», presentando un panorama geopolítico muy vasto sobte las grandes áreas mundiales. Así, Europa representa un pluralismo universalista, a diferencia de los Estados Unidos que son pluralistas pero tienden a exportar una monocultura —la del bienestar material—, y de Asia, dotada de un pluralismo particularista y no exportador. Igualmente destacó la que considera necesidad de dar primacía a la cultura jurídica sobre la política, en una definición susceptible de matizaciones y reparos, ya que parece contraponer lo jurídico, concebido como elemento unitivo, con lo político, arrojado al infierno de lo insolidario y lo bélico. Cuando, bien mirado, me parece, la política aporta el

bastidor que permite al derecho tejer incansable con las relaciones sociales.

Finalmente, el romanista Michael Rainer, sucesor del profesor Waldstein en la cátedra de Salzburgo, en una brillantísima exposición se ocupó de la «"Romana res publica" y bien común: un problema para la Europa de hoy». Y en efecto, de la reflexión sobre la experiencia romana extrajo numerosas sugerencias para el enderezamiento de la cultura europea de hoy, descansando su núcleo teórico en que la filosofía y la jurisprudencia creaton un «ethos» político que está completamente ausente de la clase dirigente actual.

En la última sesión, la mañana del sábado día 14, sólo se desarrolló una ponencia, ante la inasistencia por enfermedad del profesor romano Luigi Mistrorigo, que debía haberse ocupado de «la contribución de la doctrina social de la Iglesia a la construcción de la comunidad europea». Como no obstante remitió el texto de su aportación, podrá leerse con las actas. La que sí fue brillantemente defendida fue la del politólogo húngaro Péter Paczolay, que trató «el problema del bien común en la Europa central contemporánea», destacando los problemas constitucionales surgidos de la nueva situación de los países de lo que se conoce como «Mitteleuropa». Frente a planteamientos reductores que se limitan a destacar los cambios institucionales, presentó la necesidad de instalarse en el palenque del «consenso de valores» que funda toda comunidad política rectamente organizada, valores que divisó como supravencionales. Luego, en el coloquio, se le observó, con razón, que la terminología de los valores resulta equívoca y que resulta preferible hablar de bien como aspecto trascedental del ser. También tuvo palabras para las tensiones que supone el llamado Estado social respecto del Estado de derecho, subrayando la peligrosa equivalencia operante en Centroeuropa entre bien común y bien material asegurado por el Estado. Finalmente sostuvo la necesidad de emprender una batalla língiiística, propuesta que fue recogida por algunos de los intervinientes en el coloquio. Entre estos destacó el profesor Grasso, de Pavía, siempre incisivo, que mostró cómo lo que en la experiencia italiana parecía hace años que iba a conducir a una reforma total, ha quedado, al menos por el momento, limitado a un maquillaje institucional, pero sin grandes pretensiones en los fundamentos de la reforma. También tomaton la palabra a lo largo de las distintas sesiones, siempre con interés, los profesores Balzarini, Zanini, Tammasia, Composta, Bastit, Cordini y Gentile. Este último, viceoresidente del Instituto, se mostró tan agudo

y sugerente como siempre. Por parte española, y además de la ya reseñada ponencia del profesor Gambra, aportaron sus puntos de vista el autor de esta nota y Estanislao Cantero. Con palabras del presidente y del director, profesores Waldstein y Castellano—quien bizo el recuerdo de Jorge Uscatescu—, concluyó este brillante Convegno del Instituto Rosmini, con el anuncio de que el próximo, para el otoño de 1996, tendrá por temática, Dios mediante, la de «Federación, nación y región en la construcción europea».

MIGUEL AYUSO.